

TEXTOS TEMA 3. Literatura medieval

Tabla de contenido

<i>Al amigo</i>	1
<i>Cantar de los Nibelungos</i>	2
<i>Tristan e Iseo</i>	3
<i>Las mil y una noches</i>	4

Al amigo

He estado en grave cuita¹
 por un caballero que he tenido,
 y quiero que para siempre se sepa
 cuán excesivamente lo he amado.
 Ahora veo que soy traicionada,
 porque no le di mi amor;
 y por esto he estado en gran congoja
 en el lecho y cuando estoy vestida.
 Quisiera tener a mi caballero,
 una noche, desnudo en mis brazos,
 y que él se tuviera por dichoso
 solo con que yo le hiciese de almohada.
 Pues estoy más enamorada
 que Floris lo estuvo de Blancaflor²:
 le entrego mi corazón, mi amor,
 mi juicio, mis ojos y mi vida.
 Hermoso amigo, amable y bueno,
 ¿cuándo os tendré en mi poder?
 ¡Ojalá pudiese dormir con vos una noche y daros un beso amoroso!
 Sabed que gran deseo tendría de teneros en el lugar del marido,
 con que me hubieseis jurado hacer cuanto yo quisiera.

Condesa DE DÍA

en *La poesía de los trovadores*, Espasa Calpe

¹**cuita**: aflicción, desventura, tristeza.

²**Floris y Blancaflor**: célebres amantes de la Edad Media.

Cantar de los Nibelungos

Pronto se desprendió de la espada y se desembarazó del carcaj. La recia jabalina la dejó apoyada en una rama de tilo. El escudo lo dejó en el suelo, allí donde manaba la fuente. Las virtudes cortesanas de Sigfrido eran muy grandes. Por ardiente que fuera su sed, el héroe no quería beber antes de que lo hiciera el rey. ¡Mal se lo había de agradecer el soberano! La fuente tenía el agua fresca, clara y agradable. Gunter se agachó hacia la corriente. Cuando hubo bebido, volvióse a levantar. De buena gana hubiera hecho lo mismo Sigfrido. Pero él hubo de pagar su buena crianza. El arco y la espada, todo lo quitó Hagen¹ de allí. Luego volvió de un salto adonde estaba la jabalina. Ahora se puso a buscar la señal que había en la ropa del valiente. Cuando Sigfrido estaba inclinado sobre la fuente, le clavó la jabalina en la cruz señalada en la espalda. Por la herida le brotó abundante la sangre que salía del corazón. Nunca podrá héroe alguno cometer tamaña felonía².

Clavada en el corazón le dejó entonces el arma. Jamás en esta vida corrió Hagen tan furiosamente huyendo de un hombre. Cuando el señor Sigfrido se percató de su terrible herida, saltó loco de furor de la fuente. El príncipe creía poder encontrar allí el arco o la espada: entonces habría pagado merecidamente Hagen su vileza.

Cuando el malherido no pudo hallar la espada, no le quedó otra arma que el escudo. Alejándose de la fuente, corrió al encuentro de Hagen. Ahora no pudo escapársele el hombre de Gunter. Aunque estaba herido de muerte, sus tajos eran tan desaforados que del escudo saltaban piedras preciosas, y quedó enteramente destrozado. Pronto fue derribado Hagen por la fuerza de su brazo. La violencia del golpe lo hizo resonar en toda la isla. Tanto le irritaba la grave herida, que padeció por ella honda aflicción. El color de la faz se había tornado lívido; ya no podía tenerse en pie. En su color pálido se iban marcando las señales de la muerte.

Cantar de los Nibelungos, Cátedra (adaptación)

¹ **Hagen:** caballero burgundio leal a Brunilda.

² **felonía:** deslealtad, traición.

Tristan e Iseo

[Las comitivas de Marco y Arturo se reúnen para escuchar el juramento en el que Iseo debe proclamar que no ha cometido adulterio. Tristán los acompaña, disfrazado de leproso].

En la otra orilla quedose Iseo sola. Frente al vado era enorme la aglomeración: los dos reyes y todos sus barones. ¡Escuchad qué destreza la de Iseo! [...] Llevaba vestidos de seda, que habían sido traídos de Bagdad y forrados de blanco armiño. Pellizón¹ y brial² arrastraban larga cola. Sobre los hombros le caen los cabellos, trenzados con cintas de lino e hilo de oro fino. Un aro de oro llevaba en la cabeza, que daba vuelta entera a su frente, sonrosada, llena de frescor y claridad. Así se dirige hacia la pasarela:

—Quiero hacer contigo un trato.

—Reina noble, de encumbrada cuna, iré a ti sin excusa, pero ignoro qué quieres decir.

—No quiero mancharme de fango los vestidos: harás de asno para trasladarme.

—¡Cómo! —exclama—, noble reina, no me requiráis para esa tarea. Soy leproso, jorobado y contrahecho.

—Aprisa —contesta ella—. ¿Crees que tu mal vaya a contagiarme? No tengas miedo, no lo hará [...]. Vuelve tu cara hacia allá y tu espalda hacia acá: montaré como un escudero.

Y entonces sonrió el enfermo, se pone de espaldas y monta ella. Todos los observan, reyes y condes.

Miniatura de El romance del buen caballero Tristán, hijo de rey (siglo XV).

[Poco después, tiene lugar la ceremonia del juramento].

Hizo uso de la palabra Arturo, que estaba el más cercano a Iseo:

—Prestadme atención, hermosa Iseo, y oíd la declaración que se os exige: que Tristán no tuvo con vos amor de lascivia o adulterio, sino solo aquel que debía profesar a su tío y a la esposa de este.

—Señores —responde ella—, por la gracia de Dios, santas reliquias veo aquí. Escuchad lo que por ellas voy a jurar, a fin que tenga el rey todas las garantías: juro por Dios y san Hilario, [...] que entre mis muslos no entró hombre, salvo el leproso que hizo de montura y me trasladó a esta orilla del vado, y el rey Marco, mi marido.

Béroul

Tristán e Iseo, Cátedra

¹ **pellizón**: prenda de abrigo hecha o forrada de pieles finas.

² **brial**: vestido de seda o tela rica que usaban las mujeres

Las mil y una noches

Noche 15. Así pues, llegada la noche, y cuando el rey se había ya acostado con Shahrasad, Dinarsad rogó a su hermana que, si no dormía todavía, les siguiera narrando aquellas historias tan maravillosas que alegraban las penas y alejaban las preocupaciones. «Acaba de contarnos la historia del rey Yunán y el sabio Dubán», le pidió el rey Shahrasad. Shahrasad accedió encantada y reanudó el relato.

Cuentan, majestad, que el rey Yunán dijo a su visir que era la envidia la que le impulsaba a convencerle de que matara al sabio, pero que, si lo hacía, sin duda se arrepentiría. Así le había ocurrido al protagonista de la historia que le acababa de contar.

—Majestad —prosiguió el visir—, mi única intención es preveniros del mal que os puede hacer este sabio. Sabed que yo sólo quiero vuestro bien. Si lo que os digo resulta ser falso, haced que pague las consecuencias de mi irresponsabilidad, tal como las pagó un visir que se burló del hijo de su soberano. Y el rey Yunán sintió curiosidad por conocer la historia y el visir explicó:

El príncipe y el ogro

Érase una vez un rey cuyo hijo era un gran aficionado a las actividades cinegéticas y, siempre que salía de cacería, el monarca ordenaba a su visir que acompañara al joven en todo momento. Un día que el joven príncipe salió de cacería con toda la comitiva, encabezada por el visir, una fiera se interpuso en su camino.

—Vamos, persíguela, es toda tuya —dijo socarronamente el visir al príncipe.

El joven, creyendo que era una orden, salió en persecución del animal, pero no fue capaz de seguirle el rastro y se perdió en medio del páramo. Cabalgando sin rumbo, el muchacho se encontró con una joven que lloraba al pie del camino.

—¿Quién eres? —le preguntó el príncipe.

—Soy hija de un rey de la India. Iba en una caravana cuando me quedé dormida encima de mi acémila y me caí. Y aquí me quedé, desorientada, sin saber a dónde ir.

El joven príncipe sintió compasión de la muchacha, la montó con él en su caballo y prosiguieron camino. Pero al pasar por delante de una cueva la joven manifestó al príncipe el deseo de apearse para hacer sus necesidades. El joven la ayudó a desmontar y la muchacha entró en la cueva. Transcurridos unos momentos, el príncipe, ignorando que aquella muchacha era una hembra de ogro, decidió también entrar en la cueva y he aquí que oyó cómo ella intercambiaba estas palabras con sus retoños:

—Hoy os he traído un precioso y cebado joven.

—Tráelo de prisa, madre, que nos lo comeremos en un santiamén.

Estas palabras asustaron terriblemente al joven, que decidió huir de inmediato. Pero la hembra de ogro salió en su persecución y, como si nada ocurriera, le preguntó de qué tenía miedo.

—He sido víctima de un engaño —dijo el príncipe.

—Pues pide a Dios que te ayude —arguyó la joven—. Él, alabado sea, puede alejarte de cualquier mal que te atenace.

El joven alzó las manos...

La luz del alba sorprendió a Shahrasad y ella dejó de hablar.

«¡Qué precioso relato!», exclamó su hermana Dinarsad. «Pues si el rey me deja vivir, la próxima noche os contaré algo mucho más extraordinario aún», dijo Shahrasad.